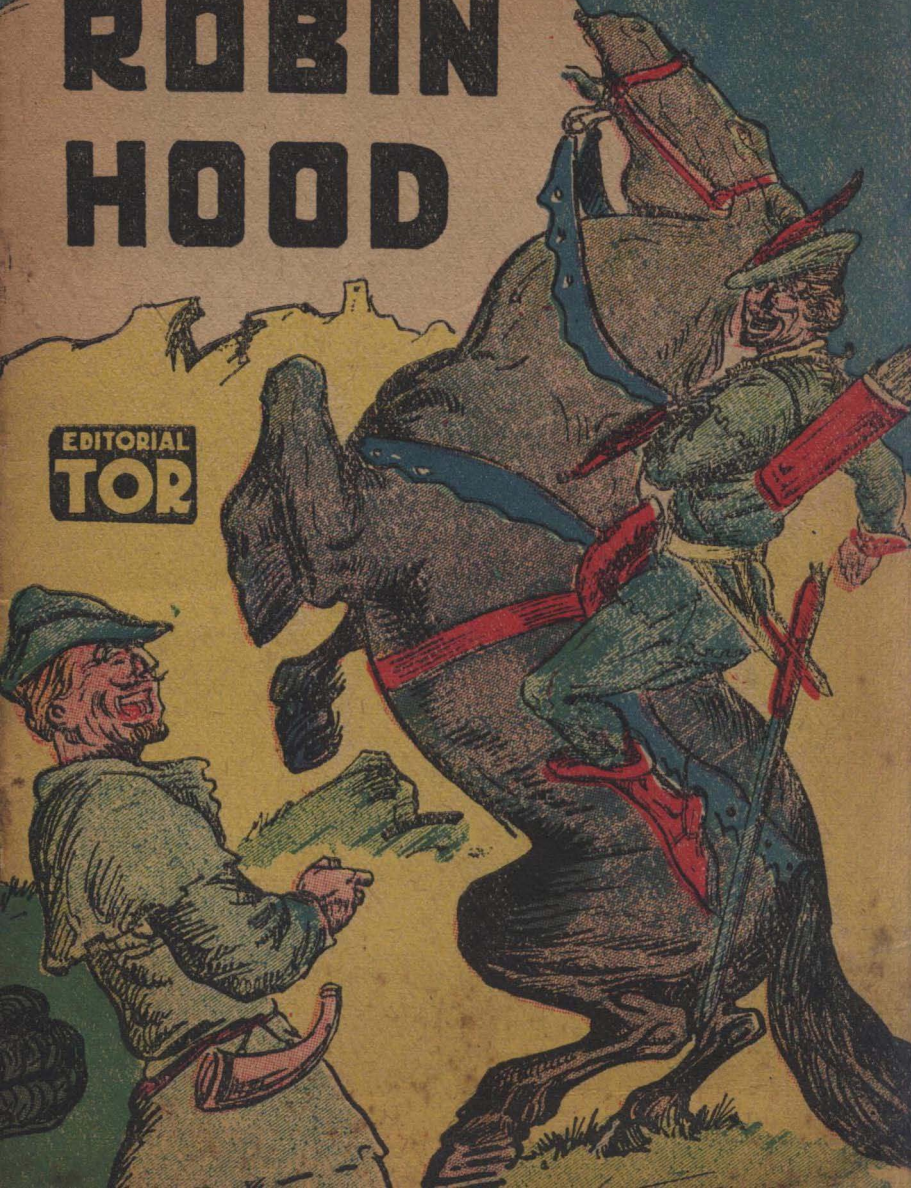


ROBIN HOOD

EDITORIAL
TOR





00163309

CASA CALVO
LIBRERIA - JUGUETERIA
MUSICA Y METODOS PARA TODOS LOS
CONSERVATORIOS
JUAN B. ALBERDI 5420

Abrita



ROBIN HOOD

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

— Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJORY MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de titeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanuertos
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ali Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del socio
- 18 Pinocho en la isla de los ciegos
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hombre
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del mar
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Andes a los Andes
- 30 Meñique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombrilla mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Roder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábula de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábula de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tindino el houniguano
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Sagovia
- 56 El príncipe Codada
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Soudari
- 59 Fábula de Esopo
- 60 Constanza
- 61 Nicolás y Nicolás
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Griselidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Cenoveva de Erabanta
- 68 La Sirenia
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del Chabón
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El bosque fantasma
- 76 La cámara del temoso
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de esculturas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Encelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



ROBIN HOOD

I

Los enamorados



EINABA en Inglaterra Ricardo Corazón de León en una época difícil, tanto por las guerras de adentro y de afuera, como por lo agotados que estaban los recursos, a consecuencia de los mismos contratiempos.

Dos de los grandes señores más fieles al monarca, eran el conde de Huntingdon y el conde de Fitzwalter. Habían sacrificado buena parte de sus bienes para ayudar al rey en sus difíciles empresas, y estaban dispuestos a dar su propia vida por la corona.

En medio de ese ambiente de privaciones, sobresaltos y luchas, floreció un amor dulce y tran-

quilo. Era el del hijo del conde de Huntingdon con la hija del de Fitzwalter.

El se llamaba Roberto, y era hermoso, audaz, inteligente y bueno. Poseía un caudal de cultura extraordinario en aquella época y era considerado un verdadero campeón en el manejo del arco.

Ella se llamaba Mariana, y su carácter dulce y bondadoso no era inconveniente para que se dedicara con afición a las rudas prácticas que en aquellos días estaban casi reservadas a los hombres. De ahí que fuera tan diestra en el manejo del arco como en la equitación.

Formaban, pues, ambos jóvenes una pareja ideal. Cabalgaban con igual soltura y lanzaban flechas con la misma destreza, realizándolo todo con la algarazara propia de la primera juventud y la despreocupación de las almas nobles.

Y mientras iban a caballo por los caminos polvorientos o se internaban en las sendas de la floresta tomados de la mano, hablaban de su futura vida con optimismo propio de enamorados.

II

El proscripto

Cuando, con el consentimiento de ambos padres, se iba a celebrar la boda, para la cual se habían iniciado los preparativos y dispuesto grandes festejos, un suceso imprevisto echó por tierra todos los planes.

El rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, había ido a la Palestina al frente de la tercera Cruzada, dispuesto a conquistar el Santo Sepul-

cro que se hallaba en poder de los musulmanes. Durante su ausencia ocupaba el trono, en calidad de regente, su hermano apodado Juan Sin Tierra, debido a que no le había tocado en herencia ninguno de los estados que componían el reino.

Juan Sin Tierra era un hombre malvado, envidioso del poder de Ricardo y de la fortuna de los señores que eran fieles a la corona.

Para conseguir la ayuda de los normandos en sus miserables ambiciones y lograr el dinero que le permitiría llevarlo a cabo, no vaciló en atacar a los nobles ingleses que poseían riquezas.

Entre los caballeros caídos en desgracia se contaba el conde de Huntingdon, padre de Roberto.

Y así fué como el enamorado joven, cuando veía próxima su felicidad, se encontró con su padre muerto, su castillo destruído, sus bienes saqueados y sus campos deshechos. Y él mismo, por haber combatido al lado de su padre, se veía pobre y proscrito.

Afortunadamente, consiguió escapar de la furia de los esbirros de Juan Sin Tierra, para lo



Habían sacrificado sus bienes para ayudar al rey.

cual se ocultó en lo más espeso del bosque, sin otra arma ni equipaje que su ballesta. Se arrojó sobre el verde césped de Sherwood y lloró con lágrimas de fuego su desdicha. Y lo sorprendió la noche y con ella el sueño reparador.

La mañana del día siguiente lo encontró más sereno.

El día era espléndido, y la luz del sol, filtrándose entre el follaje, le traía como rayos de esperanza. Aspiró profundamente el aire perfumado de la selva, se deleitó con el canto de los pájaros que tenían su nido en las copas de los árboles y se convenció una vez más, y ahora para siempre, de que la naturaleza salvaje es lo más hermoso que existe. Y, después de un rato de reposada meditación, se dijo:

—Puesto que Juan Sin Tierra me ha convertido en un proscrito, voy a hacer de este bosque mi reino.

Aquel mismo día le escribió una carta a Mariana en la que le contaba su infortunio y le devolvía su promesa de matrimonio, pues consideraba que no debía pretender que una gran señora compartiese con él la vida de proscrito que llevaba en el bosque. Y firmaba la misiva con el nombre que desde aquel momento adoptaba: Robin Hood.

Para poder hacer llegar la carta a su amada, se dirigió a la linde del bosque que quedaba en el lugar opuesto al que tenían ocupado las fuerzas del malvado regente. Y quiso la suerte que el primer caminante que pasara fuera un pastor al cual había librado en una ocasión de perecer entre las fauces de un jabalí.

III

Los camaradas

El pastor no se contentó con llevar la carta a Mariana, aunque fué lo primero que hizo para dar cumplimiento a los deseos de Robin. Sabiendo que otros muchos caballeros y gente del pueblo se encontraban en las mismas condiciones del joven proscrito, a medida que los iba encontrando les informaba que en el bosque de Sherwood vivía el desdichado hijo del conde de Huntingdon, dispuesto a quedarse allí hasta el resto de sus días.

Y así fué como Robin Hood vió trocada su vida de solitario en una existencia en común con alegres camaradas. Estos fueron al bosque provistos de sus ballestas y sus flechas, y al dar con el refugio de Robin Hood juraron no abandonarlo más. Como la mayor parte de ellos eran valientes hombres que habían estado al servicio de su padre, tomaron al joven por jefe, sin que hubiera la menor oposición entre ellos.



Estaban dispuestos a dar su vida por la corona.

IV

La vida en el bosque

Los primeros meses transcurrieron plácida y alegremente. Como era verano, la vida al aire libre resultaba deliciosa, y la caza abundaba. Luego vino el otoño, y las frutas en sazón proveyeron con exquisita variedad la mesa de los proscritos. Pero el invierno anunciaba su proximidad con días destemplados y noches que cada vez se hacían más frías.

El problema de la vivienda lo habían resuelto con unas chozas que habían construído para guarecerse, más que de otra cosa, de la lluvia. Con los primeros fríos, habían tapado las hendidias y habían construído rústicas pero sólidas chimeneas. Pero si bien en el interior de las viviendas se estaba cómodamente, cuando el frío se hacía sentir no era posible salir afuera sin tiritar.

—Hay que ir a la ciudad de Nottingham a comprar ropas —dijo un día Robin Hood.

—Nos matarán los normandos —exclamó uno de sus hombres.

—Lo que es yo, no me atrevo a ir —dijo otro.

—Ni yo. Ni yo. Ni yo —exclamaron los demás.

—¡Iré yo! —dijo Robin, resueltamente.

—Te matarán.

—No, porque no me van a conocer.

Y, tal como lo dijo, lo hizo. Se dirigió al camino real, con un cayado y una bolsa de pordiosero, y fingiendo un cansancio que estaba lejos de sentir e imitando una cantidad de dolores que no lo habían aquejado nunca, se encaminó a la ciudad.

El mercader burlado

Entró en la tienda de un mercader que tenía fama de ser explotador de los incautos que caían en su negocio, a los que, como vulgarmente se dice, hacía pasar gato por liebre. Robin Hood lo conocía bien. Por eso lo había elegido como víctima.

Después de pedir todo lo que necesitaba en ropa de vestir de color verde y de abrigo, para él y todos sus compañeros, le dijo al mercader:

—¿Cuánto vale todo esto?

—Veinte libras.

—Perfectamente. Tomad estas monedas a cuenta, y mañana os traeré el resto.



Llegó al bosque con un burro...

—¿Mañana? O me lo das en seguida todo o no te llevas nada.

—¿No fías en mi palabra?

—Ni en la tuya ni en la de nadie.

—Sin embargo, habrás fiado en la palabra del que te vendió el tapiz que veo allí colgado.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese tapiz era el que el conde de Huntingdon tenía en su salón de recepciones. Mira el dorso y verás sus armas estampadas en él.

—¿Es posible? —dijo el mercader, alarmado.

Inmediatamente fué a revisar el tapiz y, efectivamente, en uno de los ángulos del reverso estaba el escudo del conde.

—Los bienes del que fué propietario de esa prenda —siguió diciendo Robin— fueron confiscados por el rey. Por lo tanto, al rey pertenece ese tapiz. ¿Quieres decirme, gran perillán, cómo se encuentra en tu poder?

—¿Por favor, señor! —exclamó el mercader, temblando—. No me denunciéis.

—Sea, pero con un agregado.

—¿Cuál?

—El burro aquel que estoy viendo en el establo. Dámelo, para que lleve esta carga, pues yo no podría con ella.

—Sea, pero no me denunciéis, no me denunciéis, por favor...

Y así fué como Robin Hood llegó al bosque con buena provisión de ropa, con un burro y con las monedas juntadas en el limosneo.

El calderero ambicioso

Robin y sus alegres compañeros vivían en el bosque como en el mejor de los mundos.

Como todos eran jóvenes y valientes, no temían los peligros. Por el contrario, deseaban los riesgos y se complacían en gastar pesadas bromas a sus perseguidores.



Y lloró con lágrimas de fuego su desdicha.

Un día que Robin iba solo por uno de los senderos del bosque próximos al camino real, se encontró con un hombre armado de un arco que caminaba con sigilo y miraba en todas direcciones.

—¿Qué andáis buscando, buen hombre? —le preguntó el proscrito.

—¿Quién sois? —dijo el individuo, con desconfianza.

—Soy un mercader que de cuando en cuando puede darse el gusto de venir a pasear por el

campo, pues mis negocios van tan bien, que pago a gente de confianza para que me los cuide.

—¡Dichoso de vos, que podéis pasaros días descansando, gracias a vuestra fortuna!... ¡Ah! Pero yo espero ser pronto también un hombre de dinero.

—¿Cómo así? —le preguntó Robin, ya interesado.

—Siendo vos hombre rico —contestó el otro—, puedo confiaros mi secreto, Ando en busca de un terrible forajido, por cuya captura me han prometido una buena cantidad de libras.

—¿Y cómo se llama ese feroz malandrín?

—Robin Hood.

—¿Robin Hood?

—Sí. ¿Lo conocéis acaso?

—¿Que si lo conozco? ¡Pues ya lo creo! Y no solamente lo conozco, sino que sé dónde está en este momento.

—¿De veras? ¡Decídmelo, por favor y mi fortuna está hecha!

—En este momento se encuentra en la próxima ciudad de Nottingham, en la cual tengo yo establecido mi comercio. Si queréis, os ayudaré a buscarlo, pues conozco toda la población, desde los palacios más suntuosos hasta los más inmundos tugurios.

—No sabéis cuánto os lo agradezco, pues yo no estuve nunca en esa ciudad.

—Entonces, no perdamos tiempo. ¡Andando! Y los dos hombres se pusieron en camino.

Después de dos horas largas de fatigosa marcha, llegaron a Nottingham. Y al pasar ante una servicería de los suburbios, dijo Robin Hood a su acompañante:



—Os equivocáis. El convidador sois vos.



—Voy a hacer de este bosque mi reino.

—¿Qué os parece si entramos a beber?

—¡Magnífico! Y a comer también, pues se me ha abierto el apetito de par en par.

Ubicados ante la mesa, y mientras el cervecero servía una buena ración de jamón con huevos, dijo Robin Hood a su compañero:

—Este gasto corre de mi cuenta.

—De ninguna manera —contestó el otro—, pues, aunque yo no sea más que un pobre calderero, no me importa vaciar la bolsa en vuestro obsequio, ya que, gracias a la ayuda que me estáis prestando, seré un hombre rico.

—Si lo deseáis, no voy a desairaros. ¡Salud! — agregó, levantando un jarro de cerveza.

Y los brindis se repitieron con tanta frecuencia, que el calderero, completamente borracho, se quedó dormido. Ocasión que aprovechó nuestro héroe para tomar el camino del bosque con la barriga llena y el corazón contento.

El convidado convidador

Robin Hood y sus alegres camaradas se encontraron una mañana sin un miserable mendrugo de pan con que engañar el estómago.

—Tendremos que ir al camino y asaltar al primero que pase —dijo uno.

—Según —contestó Robin—. Si es un perverso enriquecido con malas artes, sí; pero si es un pobre, no.

—Bueno, dejaremos pasar de largo a los pobres y atacaremos al primer rico que se nos cruce.

—Perfectamente. ¡Andando, muchachos!

Y al camino se fueron todos los hombres del bosque, dirigidos por Robin Hood. Y la suerte los favoreció, pues apenas salieron de la umbría una polvareda les anunció la proximidad de un carruaje. Cuando estuvo más cerca, dijo el jefe a sus hombres:

—Por la librea de los lacayos sé de quién se trata. Es Douglas Dix, caballero poderoso, pero también muy bueno.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó uno—. Tú dijiste que si era pobre, lo dejáramos pasar de largo, y si era rico malvado, lo atacáramos. Y como éste no es un pobre ni un mal rico...

—Lo trataremos como caballero, sin dejar de obtener buen provecho.

—¿Y en qué forma?

—Ya lo veréis. Dejadme hacer.

Y lo dejaron hacer. Y llegó el carruaje, y lo detuvieron. Entonces, acercándose Robin Hood al viajero, le dijo:



Y se entabló una lucha feroz entre los guardias y los



...esteros. Estos se batieron heroicamente en retirada, logrando...

—¿Me permitis, señor, que os invite a almorzar con los caballeros del bosque?

—No tengo inconveniente —contestó Douglas Dix, que reconoció en seguida al jefe de los banqueros.

A los postres, y como era ya costumbre en aquellos tiempos, dijo el señor Dix:

—Que hable el convidador.

—Me parece bien —respondió Robin—. Hablad, Douglas.

—No, vos primero, que sois el convidador.

—Os equivocáis. El convidador sois vos, pues todo lo que hemos comido lo han sacado mis hombres de vuestro carruaje. Hoy nos levantamos sin tener un miserable gorrión para echar a la olla.

Al robado en tan buena forma le hizo gracia la ocurrencia, y no sólo habló ofreciendo la comida, sino que dejó el resto que había quedado en su vehículo, desistiendo del largo viaje para el cual había salido tan bien provisto.

VIII

La vajilla de plata

La opípara comida servida a costa del opulento Douglas Dix le trajo a Robin Hood la nostalgia de la vida en el palacio de su padre. Y les dijo a sus compañeros:

—Esos festines tenemos que repetirlos a costa de quien sea, pero no con miserables cucharas de madera y platos de barro. Debemos conseguir una buena vajilla, para que los caballeros que de convidados resulten convidadores no tengan de qué



No era un caballero, sino Mariana.

quejarse, como no sea de que comemos y bebemos a sus expensas.

Entre los ballesteros del bosque había uno gigantesco apodado Juancho. Medía más de dos metros de altura y era activo, inteligente, fiel y osado. Deseoso de servir a su jefe, se ofreció para conseguirle una vajilla de plata. Y se dirigió a la ciudad.

Para que la víctima del robo fuera una persona merecedora del daño, se encaminó a la casa del alguacil mayor, que era un viejo avaro y despótico, que había puesto precio a la cabeza de todos los hombres de Robin Hood.

El alguacil, al ver a aquel hombre tan grande, robusto y coloradote, pensó en seguida que podría hacer el trabajo de cuatro, y lo tomó a su servicio.

Los primeros días pasaron sin novedad. Juancho trabajaba, efectivamente, por cuatro. Hasta que una noche en que quedaron solos patrón y sirviente, aquél le dijo a éste:

—Tú, que eres tan fuerte y robusto, podrías ga-

narte unas libras apresando al bandido más feroz de la comarca. Me refiero a Robin Hood.

—¡Bah! —dijo el gigante—. Con ése no tengo ni para empezar.

—Mira que es muy diestro en el manejo de la ballesta.

—No importa. Yo conozco un golpe, con el que soy capaz de derribar al más pintado.

—¿Y qué golpe es ése?

—¡Este!

Y Juancho derribó de una feroz trompada al alguacil, a la que siguieron otros golpes igualmente duros.

Al ver que el infeliz había quedado sin ánimo ni de pedir socorro, el gigante cargó con su vajilla de plata y se la llevó a Robin Hood, quien la estrenó esa misma noche con un gran banquete en honor de Juancho.

IX

El enano del bosque

Formando contraste con Juancho, entre los hombres de Robin había un enano apodado Mucho, que, aunque de apariencia insignificante, era fuerte y osado como el que más, así como el mejor tirador del bosque.

El gigante solía gastarle pesadas bromas. Hasta que un día, mientras regresaba de una de sus correrías, se le cayó el sombrero como si una ráfaga se lo hubiera llevado. Al levantarlo del suelo, vió con estupor que tenía una saeta atravesada. La explicación se la dió una carcajada que venía desde lo alto. Levantó la cabeza y vió en la rama de un haya al enano Mucho.



—Soy Robin Hood.

—Con esto te quiero demostrar —le dijo el tirador— que no te mato porque te tengo lástima. Pero dejaré de tenértela si sigues burlándote de mi pobre estatura. Uno no es como quiere ser, sino como Dios lo ha hecho.

Los ballesteros del bosque se enteraron que en la ciudad se iba a realizar un concurso de tiro al arco en el cual iba a actuar como árbitro nada menos que el alguacil mayor, su más implacable enemigo.

Osados como eran, se aventuraron a entrar en la población y tomar parte en el torneo. El premio era una saeta de plata, y querían obtenerla a todo trance.

Empezó el concurso, y muchos tiradores realizaron verdaderas proezas, pero los ballesteros del bosque se llevaron la palma, en particular Robin Hood, que fué declarado vencedor por el propio alguacil, que no lo había reconocido.

Llegó el momento de entregar el trofeo, y al encontrarse el ganador ante el árbitro, éste le preguntó:

—¿Cuál es vuestro nombre?

Y el interrogado, con sin igual osadía, respondió en alta voz:

—¡Robin Hood!

—¡Prendedlo! —gritó en seguida el funcionario.

Y se entabló una lucha feroz entre los guardias y los ballesteros. Estos se batieron heroicamente en retirada, logrando penetrar en el bosque de sus hazañas. Pero había quedado un herido. Era Juancho. Todos lo sentían pero ninguno estaba dispuesto a lanzarse al peligro para rescatar su cuerpo. De pronto, ante la estupefacción general, una diminuta figura salió corriendo hacia donde yacía el largo cuerpo. Era el enano Mucho. A pesar de su fuerza y habilidad, tuvo que vencer serias dificultades para cargar con el gigante y ponerlo fuera del alcance de sus perseguidores. Pero lo consiguió.

Y desde aquel día, la amistad de Mucho y Juancho fué estrecha e inquebrantable.

X

El casamiento

Una mañana Robin Hood hacía una recorrida por el bosque montado en brioso corcel, cuando vió venir, en sentido opuesto, a un caballero tocado con un yelmo que le cubría el rostro por completo. La senda era angosta, y ni uno ni otro se mostraba dispuesto a hacerse a un lado. Se cam-



—Nuestras espadas dirán cuál de los dos...

biaron algunas palabras en tono tan violento que dió lugar a que Robin exclamara:

—Ya que no estáis dispuesto a cederme el paso, os desafío. Nuestras espadas dirán cuál de los dos debe ceder el camino.

—Acepto el reto —exclamó el otro, que, por la voz y el porte, era un adolescente, detalle que, en su favor, no tuvo en cuenta el jefe de los balles-teros.

Descendieron ambos de sus cabalgaduras y se batieron. No tardó en caer herido el contrincante de Robin. Este, en lugar de huir o ultimar al caído, se dispuso a prestarle auxilio. Se arrodilló a su lado y le quitó el yelmo. Y al verle el rostro, lanzó un grito de dolorosa sorpresa seguido de una maldición. El herido no era un caballero, sino Mariana, su prometida.

Robin abrazó tiernamente a su prometida y la condujo a su choza.

Al saber quién era la recién llegada, los camaradas de Robin Hood prorrumpieron en aclamaciones y prometieron obedecerla como a una reina, así como obedecían a su jefe como a un rey. Inmediatamente salió uno en busca de un sacerdote, y aquella misma tarde Robin Hood y Mariana fueron casados como Dios manda.

XI

La ceremonia interrumpida

Desde el día de su matrimonio se le vió a Robin más dichoso y alegre que nunca. Sólo se mostraba preocupado cuando escaseaban los víveres y no había dinero para comprarlos, pues no quería que a su esposa le faltara nada.



Aquella misma tarde, Robin y Mariana...

Un día en que se sentía atacado por esa angustiosa preocupación, se echó a vagar por el camino cercano al bosque. De pronto vió a lo lejos una polvareda.

—Por allí viene algún jinete o carruaje —se dijo—. Si no es un pobre hombre, tendrá que contribuir al sostén de los ballesteros.

Y aguardó a pie firme.

No tardó en distinguir que se trataba de un caballero. Se escondió detrás de un árbol y cuando lo tuvo cerca, se plantó en mitad del camino y apuntándole con su ballesta, le dijo:

—¡Alto!

El jinete no se lo hizo repetir. Paró en seco su cabalgadura.

—¡La bolsa o la vida! —le dijo Robin, acercándose amenazante.

—Bolsa no tengo —contestó el viajero, que era

un joven de triste aspecto—. En cuanto a la vida, vale tan poco, que no me importa que me la quiten.

Comprendiendo Robin que se trataba de un pobre desesperado, depuso su actitud amenazante y le preguntó:

—¿Cómo os atrevéis a viajar sin dinero?

—No viajo —contestó el joven—. He salido al campo a olvidar y a buscar un lenitivo a mi desesperación.

—¿Penas de amor?

—Vos lo habéis dicho.

—¿Ella os ha rechazado?

—Ella, no. Su padre, para casarla con un viejo avaro muy rico, que, por su edad, podría ser abuelo suyo.

—No desesperéis. A lo mejor el padre de ella recapacita y termina por acceder a que se case con vos.

—Ya no hay esperanza. El enlace será consagrado mañana mismo.

—Mientras hay vida hay esperanza, amigo mío. Venid conmigo y mañana veremos lo que podemos hacer.

Se llevó al joven a su campamento, contó a sus hombres lo que ocurría y a la mañana siguiente le dijo a aquél:

—Id al templo donde va a realizarse el casamiento y presenciad la ceremonia como si fuerais uno de los invitados. Lo demás corre de mi cuenta.

En mitad de la consagración del enlace hizo su entrada en la iglesia Robin Hood y mandó interrumpir el acto. Inmediatamente hizo sonar su cuerno y aparecieron sus hombres, quienes rodearon a los contrayentes. A ellos se plegó el joven enamorado.



—¡A qué se debe tanta osadía?

—¿A qué se debe tamaña osadía? —preguntó el obispo que estaba realizando el casamiento.

—A que ese novio es demasiado viejo —contestó Robin. Y, dirigiéndose a la novia, agregó—: Fíjese en los que la rodean y vea si entre ellos no hay alguno que sea de su preferencia.

Ella, al ver a su amado, lo eligió en seguida. y fueron casados en el acto.

XII

A pillo, pillo y medio

Un día en que Robin Hood deseaba ir a la ciudad sin ser reconocido, detuvo a un carnicero que montado a caballo, llevaba una partida de carne al mercado. Cambió con él sus ropas y se dirigió a un puesto de venta próximo a la casa donde vivía su mortal enemigo, el alguacil mayor.

Aunque la carne era de primera, Robin la vendía a muy bajo precio, cosa que maravilló a todo el mundo.

Tanto se comentó el extraño suceso, que llegó a oídos del alguacil, el cual se dispuso a sacar provecho del que suponía un tonto o un loco. Lo llamó y le preguntó:

—¿Cómo vendéis tan barata la carne?

—Porque me sobra.

—¿Cuánto pedís por vuestras tierras y vuestro ganado?

—Trescientas libras.

El alguacil casi enloqueció de alegría, y convino con el supuesto carnicero en visitar sus posesiones a la mañana siguiente. Y así lo hicieron.

Mientras se acercaban al bosque de Sherwood, le dijo el funcionario a su acompañante:



Ella al ver a su amado...

—Por aquí vive un mal hombre. ¡No nos encontraremos con él? Se llama Robin Hood.

—Si ya no lo hemos encontrado, no lo encontraremos. Tened la seguridad.

En aquel momento pasó frente a ellos una manada de ciervos que se fué a internar en el bosque. Y dijo Robin:

—Este es mi ganado.

—Pero éstos son animales silvestres del bosque, propiedad del rey.

—Sí, y mis tierras son aquéllas.

—Pero aquello es el bosque, propiedad del rey.

—¡Y yo soy Robin Hood, propiedad de nadie! Y esto diciendo, el supuesto carnicero espoleó su cabalgadura y se internó en la selva.

Y el alguacil regresó a la ciudad con mucho miedo y poca plata.

—Un malestar general —contestó Robin—. No lo puedo definir. Lo que sí puedo decirte es que me siento muy mal, tan mal, que creo que ha llegado mi última hora.

—No digas disparates. No eres un anciano ni un decrepito. Tu mal será pasajero. Con los cuidados que aquí te prodigaremos y con la ayuda de Dios, pronto estarás en condiciones de seguir haciendo de las tuyas por estos mundos.

—En tus manos me confío y en la misericordia divina.

Aprovechando la ocasión que se le ofrecía, la mala mujer, que odiaba a Robin, le practicó una sangría, y en lugar de hacerle un vendaje bien apretado, lo dejó flojo y salió, cerrando la puerta tras sí, con lo que Robin se fué desangrando.

Mientras tanto, Juancho estaba en el jardín con la vista fija en la ventana del aposento donde había dejado a su jefe. De pronto oyó tres débiles notas salidas del cuerno de Robin. Suponiendo que algo grave le sucedía cuando soplaba con tan poca fuerza, subió, violentó la puerta y penetró en la habitación, recibiendo en sus brazos el cuerpo del moribundo. Minutos más tarde, Robin Hood expiraba.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 23 de noviembre de 1944.

Printed in Argentine

Impreso en la Argentina

SC
LW
C-LA
35

CASA CALVO
LIBRERIA - JUGUETERIA
MUSICA Y METODOS PARA TODOS LOS
CONSERVATORIOS
JUAN B. ALBERDI 5420



CUENTOS INFANTILES
LA ABEJA
35